

MAX HORKHEIMER Y EL FASCISMO.

Aníbal Romero
(2004)

1. *La dialéctica del iluminismo.*

Como es sabido, Max Horkheimer fue una figura clave del grupo de pensadores hegeliano-marxistas que conformó la denominada “Escuela de Frankfurt”, a la que también pertenecieron —entre otros— Theodor Adorno y Herbert Marcuse.¹ La evolución de las perspectivas de Horkheimer sobre el fascismo, su naturaleza y significado, expresa en alguna medida temas y posiciones compartidos por el conjunto de teóricos de la Escuela, pero también trasluce inquietudes y posturas exclusivas de Horkheimer o en todo caso especialmente relevantes en su aporte personal, y constituyen objeto de gran interés en vista de los cambios experimentados por un pensamiento que comenzó siendo en extremo radical, para luego debilitarse acentuadamente en su posición crítica. Este proceso, sus características y peculiaridades, pone de manifiesto no solamente algunas de las limitaciones de la reflexión marxista en general sobre el fascismo, sino también fallas más específicas referidas a la evaluación hegeliano-marxista del sentido de la civilización “burguesa”. El estudio de las mismas nos ocupará a continuación.

En una primera etapa de su obra, en los años treinta y cuarenta del siglo XX, Horkheimer delineó junto con otros miembros de la Escuela de Frankfurt dos grandes líneas de interpretación del fascismo. La primera se centraba en los aspectos económicos, asunto al que en realidad Horkheimer prestó personalmente poca atención, y repetía el argumento ortodoxo marxista según el cual el fascismo encarnaba el paso del capitalismo competitivo al capitalismo

¹ Sobre la historia de la escuela de Frankfurt, y para una evaluación global de su impacto, consúltese, Martin Jay, **La imaginación dialéctica** (Madrid: Taurus, 1974), y David Held, **Introduction to Critical Theory** (Berkeley: University of California Press, 1980).

monopolista, y del espacio liberal-democrático al totalitarismo, como mecanismos para contener el empuje de las masas y preservar el sistema de explotación que les subyuga. La segunda línea interpretativa es fundamentalmente filosófica, y se focaliza en la idea del fascismo como la “verdadera esencia” de una civilización moderna basada en la razón dominadora, una razón que se autodestruye por su propia voluntad de poder.

Para comprender adecuadamente las raíces de este juicio radical de Horkheimer sobre todo el proyecto presuntamente esclarecedor y emancipador de la razón occidental, es a mi modo de ver necesario percibir la verdadera magnitud del traumático impacto que el triunfo del fascismo en Alemania tuvo sobre los espíritus de estos teóricos marxistas —expresión singular de un impacto mayor sobre el movimiento político comunista en general. Para Horkheimer, la victoria fascista hacía urgente la pregunta: ¿cómo fue posible la barbarie?, y seguidamente otra: ¿qué vendría después? Sus desilusiones fueron dos: en primer término, la conquista fascista del poder, y en segundo lugar el hecho de que la derrota del fascismo en la guerra no implicó la tan ansiada liberación anti-capitalista. Si la derrota de la barbarie encarnada en el fascismo no conducía al “comienzo de la historia”, y si el capitalismo democrático no era sustituido por el socialismo emancipador, se planteaba la posibilidad de que algo estuviese radicalmente mal con el propio proyecto marxista inicial, que en el fondo era expresión de la “ilustración” occidental, es decir, parte de ese anhelo humanista que florece en el Renacimiento y se concreta en la Revolución Francesa y sus secuelas. ¿No sería ese proyecto el problema, en lugar de la solución?

La obra en la que Horkheimer —en colaboración con Adorno— desarrolló esta línea de reflexión es la **Dialéctica del iluminismo**, escrita durante la guerra contra Hitler pero sólo publicada en 1947. Se trata de un libro fascinante, de uno de los testimonios más elocuentes y demoledores de una época de destrucción, y es fascinante por su decisión radical y la multiplicidad de los temas que aborda con lucidez implacable, en medio de un estilo aforístico que reproduce

interrogantes no siempre respondidas a cabalidad. Su inicio marca la pauta: “El iluminismo, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de convertirlos en amos. Pero la tierra enteramente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura.”² La devastación hitleriana sucumbió bajo el poderío bélico de una Unión Soviética que, lejos de representar la tierra prometida, también se revelaba como un universo de opresión total, en tanto que los Estados Unidos ofrecía a estos teóricos una pálida y atemorizadora imagen de automatización y control ocultos tras la actividad manipuladora de una superficial y embrutecedora cultura de masas, enajenante y estéril. El énfasis marxista tradicional sobre la lucha de clases cede entonces su lugar a la consideración de un conflicto más amplio entre el hombre y la naturaleza, un conflicto esencial derivado de la mentalidad ilustrada que ve al ser humano como “amo” del mundo, como su dominador y eje incuestionado. El saber ilustrado es en el fondo voluntad de poder, un poder “que no conoce límites, ni en la esclavización de las criaturas ni en su fácil acquiescencia a los señores del mundo”. En su relación con la naturaleza “Lo que los hombres quieren aprender...es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres. Ninguna otra cosa cuenta...El iluminismo es totalitario...Los hombres pagan el acrecentamiento de su poder con el extrañamiento de aquello sobre lo cual lo ejercitan.”³

Estas frases proporcionan una buena muestra del tono y sentido de la obra; en ella, la crítica sociopolítica se hace filosófica y el cuestionamiento al capitalismo y al fascismo se convierte en un enjuiciamiento radical del conjunto de la civilización occidental, patentizada en uno de sus más destacados productos: la razón ilustrada y su fundamento, la ciencia empírica, que en lugar de liberarnos de la superstición nos ha arrastrado a una nueva esclavitud, la del engaño masivo de un mundo moderno de opresiva ansiedad. La barbarie fascista había

² Max Horkheimer y Theodor Adorno, **Dialéctica del iluminismo** (Buenos Aires: Editorial Sur, 1971), p. 15

³ Ibid., pp. 16-17, 19, 22

sido entonces expresión de la voluntad de dominio de una razón instrumental que es parte medular del proyecto ilustrado, y la derrota del fascismo, lejos de abrir las puertas a un mundo mejor, nos dejó en manos de un capitalismo avanzado en el cual la “razón” como fuente de emancipación humana —y no como instrumento de control, como razón técnica e instrumental— se ha eclipsado.

La **Dialéctica del iluminismo** es una obra que enlaza estrechamente con todo un universo intelectual predominante en Alemania en los años veinte y treinta, y que en el caso de Horkheimer y Adorno —en ese libro clave— se prolonga hasta después de la guerra. Se trata de un clima intelectual de decepción y angustia, de distanciamiento entre una teoría cada vez más crítica y una praxis cada vez más impotente, de cuestionamiento a la técnica y al proceso de racionalización modernos, y de búsqueda de una reconciliación del hombre consigo mismo, con los demás y con la naturaleza que en ocasiones asume tonos de nostalgia. Ecos de todo esto se hallan, sin duda, en la obra de autores tan ajenos al marxismo como el propio Heidegger,⁴ y subyacente a esta línea de pensamiento se halla la idea según la cual la manipulación instrumental de la naturaleza, derivada del proyecto ilustrado que combina saber y poder, conduce de igual modo a una relación instrumental y de dominación entre los seres humanos.

Ahora bien, como apunta Jay, “El objetivo obvio era la reconciliación con la naturaleza, pero nunca se aclaró del todo lo que esto podía significar precisamente.”⁵ A la falta de claridad conceptual y de propósitos de estas tesis se sumaba, en el caso de Horkheimer, Adorno y su **Dialéctica**, una dificultad adicional, relativa a la caracterización del fascismo: ¿Era este fenómeno sociopolítico la manifestación de las fuerzas más oscuras del alma humana, la

⁴ En Heidegger estos temas se perfilan tempranamente en **Ser y tiempo** (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1998), y encuentran acabada expresión en su famosa **Carta sobre el humanismo** (Madrid: Taurus, 1966). El primer libro aparece en 1927, y el segundo en 1946, poco antes de la **Dialéctica del iluminismo**.

⁵ Jay, p. 430

expresión suprema de la barbarie y de lo “irracional” —como, por ejemplo, lo habían sostenido Lukács y otros marxistas—⁶, o al contrario, se trataba de la manifestación más acabada y triunfal de la racionalidad instrumental y manipulativa, dominadora sobre la naturaleza y el hombre a la vez?

La **Dialéctica de la ilustración** se alejó radicalmente del marxismo en dos sentidos: Por un lado, su crítica global al proyecto ilustrado no exceptuaba a Marx como parte de la tradición de la ilustración. El énfasis de Marx en el ser humano como *animal laborans* llevaba implícita igualmente una concepción de la naturaleza como terreno para la explotación humana.⁷ Por otra parte, al alejarse del “análisis concreto de la situación concreta”, como lo postulaba Lenin, y al trascender las condiciones históricas específicas para hacer del fascismo una especie de conclusión “lógica” de la ilustración, Horkheimer y Adorno — paradójicamente— concedieron rango de inevitabilidad metafísica a la victoria nazi, a la guerra, al genocidio. De igual manera, aunque por otras razones, que los comunistas ortodoxos de la Internacional stalinista en los tempranos años treinta, Horkheimer y Adorno interpretaron el fascismo como resultado necesario del proceso capitalista-liberal, proceso a su vez enraizado en la ilustración occidental y sus diversas secuelas destructivas.⁸ La “lógica totalitaria” del proyecto ilustrado desembocaba en Hitler... ¿mas era semejante resultado un signo de barbarie, o la victoria final de la racionalidad instrumental y manipulativa, de su esencia dominadora?

La importancia de la respuesta a esta pregunta es simple: si el fascismo es una regresión primitiva, su especificidad queda fuera de duda, pero si se trata de una expresión “superior” de la racionalización instrumental del mundo bajo el capitalismo-liberal, ¿cómo entonces diferenciarle de las democracias que resistieron al fascismo, como los Estados Unidos y la Gran Bretaña? ¿No es

⁶ Georg Lukács, **El asalto a la razón** (México: Editorial Grijalbo, 1968).

⁷ Véase, Jay, p. 418

⁸ Este punto es discutido también por Göran Thernorn, “The Frankfurt School”, *New Left Review*, # 63 (Sept.-Oct. 1970), p. 80

acaso la tesis esbozada en la **Dialéctica del iluminismo** —desarrollada con mayor detalle más tarde por Horkheimer— una reformulación en el plano filosófico del planteamiento político de la Tercera Internacional, lúcidamente criticado por Trotsky, según el cual no había diferencia esencial entre socialdemócratas y fascistas y ambos debían ser combatidos al unísono como iguales enemigos de la clase obrera? ¿No lleva este esfuerzo de asimilar barbarie y razón (instrumental) a perder de vista distinciones fundamentales de la realidad sociopolítica, asumiendo en el plano teórico riesgos que en el político arrojaron resultados catastróficos en los años treinta, cuando la amenaza hitleriana fue identificada por los marxistas como similar a la representada por los reformistas de izquierda? Finalmente, aún si se admite que esa racionalidad instrumental en el capitalismo conlleva efectos negativos tanto en las relaciones entre los hombres como en el vínculo entre la especie y la naturaleza, aún — repito— si ello se admite, cuál es en todo caso esa otra razón sustantiva emancipadora que postula Horkheimer como alternativa, cuáles son sus rasgos propios y carácter específico que le dan su peculiaridad teórica y práctica? ¿Cómo y en quiénes se encarna esa razón sustantiva dentro de la sociedad liberal-capitalista como sujeto emancipador y en función de qué utopía concreta?

2. *La rebelión de la naturaleza.*

Los pensadores de la Escuela de Frankfurt se esforzaron por dar respuesta a las interrogantes anteriormente formuladas, en el transcurso de las siguientes dos décadas luego de la guerra mundial. No puedo acá abordar las diversas rutas y tendencias recorridas por los diversos miembros del grupo —quienes, por lo demás, trabajaban con criterios muy individuales y sólo constituyeron un “grupo” en términos bastante flexibles.⁹ Lo que procuraré es seguir los pasos de

⁹ Para una consideración del recorrido de la Escuela de Frankfurt durante los años posteriores a la guerra mundial, consúltense las obras, ya citadas, de Martin Jay y David Held, así como la de Gian Enrico Rusconi, **Teoría crítica de la sociedad** (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1969), pp. 191-348

Horheimer en su constante intento de lidiar con el fenómeno fascista, y responder a la pregunta, ¿qué le hizo posible, y qué significa?

Después de la **Dialéctica del iluminismo** Horkheimer retomó el problema en un estudio de singular interés teórico, escrito poco antes del fin de la guerra, en el que analiza el fascismo desde una perspectiva psicológica, como expresión de la “rebelión de la naturaleza” (o “retorno de lo reprimido”, en términos empleados más tarde por Marcuse).¹⁰

El análisis de Horkheimer es netamente freudiano: el hombre moderno se ha sometido al dominio de la civilización y ello implica la supresión de sus instintos naturales; no obstante, ello no implica que haya aceptado para siempre y pasivamente ese estado de sojuzgamiento: “La resistencia y la sublevación que surgen a causa de esta opresión de la naturaleza asaltan a la civilización desde sus comienzos.”¹¹ Ciertamente, la civilización emerge a través de la superación de los instintos miméticos “irracionales” de regreso a la naturaleza, mas ello implica “resentimiento y...rabia reprimida.” La negación de los impulsos conlleva una carga de furia sólo contenida temporalmente, pero “siempre en acecho, dispuesta a irrumpir como fuerza destructiva.”¹² Cuando esta fuerza se desata los hombres se abandonan a los instintos e impulsos censurados y reprimidos, pero paradójicamente, lo típico de nuestra era es “el manejo de esta rebelión por las fuerzas dominantes de la propia civilización, la utilización de la revuelta como medio de eternización de precisamente aquellas condiciones que la provocan y contra las cuales se dirige. La civilización, en cuanto irracionalidad racionalizada, hace que la rebelión de la naturaleza se le integre como un medio más, como un instrumento más.”¹³ En otras palabras, dado que nuestra civilización (liberal-

¹⁰ Véase, Herbert Marcuse, **Eros y civilización** (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1968), pp. 69-137

¹¹ Max Horkheimer, “la rebelión de la naturaleza”, en, **Crítica de la razón instrumental** (Buenos Aires: Editorial Sur, 1973), p. 104

¹² Ibid., pp. 110, 125

¹³ Ibid., p. 104

capitalista) no puede satisfacer las aspiraciones emancipatorias —la “esperanza de dicha”, dice Horkheimer—¹⁴ que motiva a los seres humanos, nos vemos impelidos a recaer en los impulsos primitivos, pero “en forma regresiva y deformada”:

“Al igual que los mojigatos censores de la pornografía, que ven pornografía por doquier, se entregan, con odio y desprecio, a los impulsos prohibidos. Las masas dominadas se identifican solícitas con las fuerzas represivas. Y, en efecto, únicamente al servicio de tales fuerzas pueden ceder a los imperiosos impulsos miméticos, a su necesidad de expresión. Su reacción frente a la presión es la imitación: un indomable deseo de perseguir. Este deseo a su vez es utilizado para mantener en pie el sistema que lo engendra...Hitler apeló al inconsciente que había en su público, al insinuar que era capaz de forjar un poder en cuyo nombre cesaría la opresión que pesaba sobre la naturaleza oprimida. La persuasión racional jamás puede ser tan eficaz, puesto que no se adecúa a los impulsos reprimidos de un pueblo superficialmente civilizado. Del mismo modo tampoco puede esperar la democracia poder rivalizar con la propaganda totalitaria a no ser que acceda a comprometer la forma de vida democrática mediante la liberación de fuerzas destructivas del inconsciente.”¹⁵

Conviene recordar que Horkheimer escribía estas líneas precisamente en momentos —fines de la Segunda Guerra Mundial— cuando las democracias occidentales se imponían sobre el nazi-fascismo y el militarismo japonés de una manera decisiva. Ahora bien, a pesar de que Horkheimer pareciera argumentar que la “rebelión de la naturaleza” es liberadora, en realidad su posición es más compleja, ya que sostiene que “una rebelión semejante, por ‘auténtica’ que pueda ser, encierra siempre un elemento regresivo, y ello resulta desde un comienzo útil como instrumento para fines reaccionarios.” Vale la pena citarle *in extenso* de nuevo:

“La relación entre el nacionalsocialismo y la rebelión de la naturaleza era compleja...los fines reaccionarios se presentan acompañados por una severa organización y una despiadada racionalización, es decir, en cierto

¹⁴ Ibid., p. 126

¹⁵ Ibid., pp. 126, 129-130

sentido acompañados por el 'progreso'...A pesar de que el grupo dominante no era exclusivamente responsable de los acontecimientos, *ya que una buena parte de la población los aprobaba aun cuando no participaba activamente en ellos* (itálicas AR), estas crueldades, por 'naturales' que fuesen, eran ordenadas y dirigidas conforme a un plan racional en grado máximo. En el fascismo moderno la racionalidad ha alcanzado una etapa en la que ya no le basta oprimir sencillamente a la naturaleza; la racionalidad explota ahora a la naturaleza, incorporando a su propio sistema las potencialidades de rebelión de la naturaleza. Los nazis manejaban los deseos reprimidos del pueblo alemán...(y) Los impulsos naturales reprimidos fueron puestos al servicio del nacionalismo nazista.”¹⁶

Desde esta perspectiva, prosigue Horkheimer, el nazismo podría ser definido

“como una síntesis satánica de razón y naturaleza, o sea la exacta antítesis de aquella conciliación de los dos polos con la que siempre soñó la filosofía.”¹⁷ De tal manera que, en conclusión, y en esta etapa de su reflexión en torno al tema, el fascismo fue una “liberación-opresiva”, una “rebelión manipulada”, una “sinrazón racionalizada” o instrumentalizada al servicio de la máxima manipulación y explotación humanas. Mas cabe preguntarse: si un pueblo como el alemán — al que, aparentemente, Horkheimer consideraba entonces como “superficialmente civilizado”— puede caer a ese nivel de barbarie, ¿qué puede esperarse en cuanto al predominio eventual de una civilización realmente “ilustrada”? ¿qué “razón” sustantiva es capaz de sobreponerse a esos impulsos miméticos originales sin sucumbir a una instrumentalización todavía más brutal?

La reflexión de Horkheimer, hasta este punto, parecía no dejar espacio para la confianza en el hombre y su porvenir, y mucho menos tomaba en cuenta las realidades concretas del triunfo contra el nazi-fascismo en la guerra por parte de las democracias occidentales. En su opinión, lo que se abría era otro tiempo de

¹⁶ Ibid., pp. 130-131

¹⁷ Ibid., p. 132

sumisión para el individuo, sometido a la intolerable represión de la democracia liberal.

3. *Las (tardías) “enseñanzas” del fascismo.*

Con el paso de los años, el pensamiento de Horkheimer no solamente terminó por expresar una clara pérdida de confianza —ya avanzada en la **Dialéctica del iluminismo**— en el desarrollo revolucionario de las fuerzas productivas y en la influencia política práctica de la crítica teórica,¹⁸ sino que de hecho se apartó de modo notorio de las tradiciones políticas marxistas, haciéndose más “de derecha” —para usar un término tal vez demasiado simplista. En ocasiones, Horkheimer suscitó la ira de sus antiguos corregionarios, como cuando afirmó, en referencia al “despertar” de la China roja que “Ya en la primera década del siglo se refirió Guillermo II, que no era precisamente rico en dotes proféticas, al peligro amarillo. A pesar de las relaciones comerciales, éste debe ser tomado muy en serio hoy en día, tal vez más seriamente de lo que se acostumbra hacerlo...”¹⁹

En esta etapa postrera de su carrera intelectual, Horkheimer volvió sobre el tema del fascismo, en especial con un estudio de 1950 titulado “Enseñanzas del fascismo”. Es este un escrito bastante singular, tanto por lo que plantea como por sus contradicciones con lo que previamente había dicho el autor con relación al mismo asunto. A decir verdad —y cabe enfatizar que el texto fue publicado en 1950, en plena Guerra Fría— pareciera que Horkheimer se propuso contribuir con la causa de la “limpieza de la conciencia” del pueblo alemán, en lo que toca al problema de su participación en la “culpa” del nazismo y sus crímenes.

¹⁸ Sobre este punto, véase, Jürgen Habermas, “Max Horkheimer”, en, **Perfiles filosófico-políticos** (Madrid: Taurus, 1975), pp. 290, 363-375

¹⁹ Max Horkheimer, **Teoría crítica** (Barcelona: Barral Editores, 1973), p. 189. El texto original acá citado es de 1962. Véase también, Jay, pp. 461-462

En efecto, el escrito de Horkheimer se dirige a cuestionar la tesis según la cual “la terapia psicológica como tal constituye una solución adecuada de los problemas sociales.” A su modo de ver, detrás de esa idea se halla la premisa de que “la masa del pueblo, los individuos, según son determinados por los mecanismos psicológicos que les son inherentes, son los agentes activamente eficaces que provocan los malentendidos internacionales y en el último término las guerras. Por consiguiente, se arguye, podemos eliminar en la sociedad la agresión manipulando los impulsos agresivos del individuo.”²⁰ Recordemos que pocos años antes, Horkheimer había sostenido que una buena parte del pueblo alemán “aprobaba” los “acontecimientos” durante la etapa hitleriana, “aunque no participaba directamente en ellos.” Ahora, no obstante, Horkheimer decía que “ya no se discute que ni la persecución de minorías ni el modo como los fascistas realizan la guerra de agresión fueron expresión directa de las circunstancias y del pensamiento del hombre sencillo. Más bien se originaron de constelaciones económicas y políticas que obedecían a sus propias leyes internas.”²¹ Y prosigue de esta manera:

“...los horrores alemanes organizados en gran escala (fueron) medidas de administración organizadas por un número reducidísimo de personas...En tales cosas, las masas fueron esencialmente los objetos, no los sujetos del arte de gobierno fascista...Los sentimientos de las masas constituyen solamente un factor secundario en la formación de regímenes agresivos, y por ello las explicaciones psicológicas son forzosamente relativistas y superficiales...(y los) actos del líder totalitario son resultado ciego de la irresistible dinámica social en medida mucho mayor de lo que ocurre con la labor realizada por un jefe de Estado democrático.”²²

En otras palabras, Horkheimer da marcha atrás con relación a sus postulados acerca de la “rebelión de la naturaleza”, y aunque en el mismo texto admite — otra vez, de manera contradictoria— que “Los constreñimientos producidos por

²⁰ Max Horkheimer, “Enseñanzas del fascismo”, en, **Sociedad en transición: Estudios de filosofía social** (Barcelona: Ediciones Península, 1976), pp. 132-133

²¹ Ibid., p. 133

²² Ibid., pp. 136-137

la civilización actual engendran en muchos individuos una latente agresividad que, si es captada por filosofías nihilistas, puede ser derivada hacia los canales del racismo y del nacionalismo agresivo”, sólo pocas páginas después procura de nuevo restaurar la “racionalidad” subyacente a los procesos sociales, pues: “Si el pueblo alemán hubiese descubierto las fuerzas que efectivamente se hallaban detrás de la toma del poder por Hitler, y si hubiese visto a través de la fachada de la política económica nacionalsocialista...habría comprendido la naturaleza en definitiva destructiva de todo el programa.”²³ En resumidas cuentas, lo que Horkheimer argumenta es que el pueblo alemán fue engañado y en parte se engañó, pero hubiese podido no hacerlo, ya que —y esto va implícito en el párrafo antes citado- tenía la racionalidad suficiente para lograrlo. ¿Dónde queda en todo esto la “rebelión de la naturaleza”?

En conclusión, resulta difícil extraer de la confrontación de Horkheimer con el fenómeno fascista un marco conceptual consistente. En una primera etapa de su obra sobre el asunto, el radicalismo con que rechazó la herencia de la ilustración “burguesa” le condujo a hacer del fascismo sólo una expresión más acabada de una misma línea de distorsión explotadora de la especie; en lo esencial, una continuación “madura” de la explotación capitalista en el marco del liberalismo. Más tarde, de manera explícita, Horkheimer ve el fascismo como racionalización de la barbarie, minimizando aún más las distinciones que pudiesen separarle de las formaciones sociopolíticas de la democracia liberal. Por último, Horkheimer intentó reducir el papel de la psicología de masas y atribuir a las “constelaciones económicas y políticas” que obedecen “sus propias leyes internas” los orígenes y la “culpa” por la catástrofe nazi.

¿Qué lección extraer de todo esto? Tal vez lo único sensato que cabe afirmar es que, como tantos otros marxistas antes y después, Max Horkheimer halló casi insuperables dificultades para superar el desafío teórico del fascismo, y su legado intelectual en torno al tema, sin menoscabo del interés de algunas de

²³ Ibid., pp. 140, 149

sus partes, no permite una aproximación coherente, y, más bien, ofrece amplio espacio para la confusión y el extravío.